

# Una cena macabra

por Otto Cázares

**S**i a mí me preguntan qué obra artística me ha quitado el sueño... respondería *Don Giovanni*. Sobre todo el desenlace de la ópera de Mozart. Yo vuelvo al final una y otra vez como alguien que padece vértigo; me dejo seducir por la altura y me arrojo al vacío enamorado fatalmente de ese abismo. Sí, un abismo. Me parece como si el desenlace fuera un abismo que se abriera de repente en el centro mismo de la felicidad aparente de la música de Mozart.

La ópera en tres actos *Don Giovanni* (1787) contiene las páginas musicales más intensas jamás escritas por Mozart. Creó este bravío nuevo mundo de intensidades a los 31 años de edad. Ostenta una nueva forma de denominación: *dramma giocoso*. El libreto corrió a cargo de Lorenzo da Ponte y mucho se ha hablado acerca de la posibilidad —remota pero factible— de que para urdirlo Da Ponte haya recibido el consejo y la ayuda del *donjuan* de carne y hueso más célebre de todos: Giacomo Casanova. Cierta o no esta colaboración, Da Ponte entreteje su libreto a partir de la fundición de dos sustratos literarios: la obra de Tirso de Molina *El burlador de Sevilla*, y en mayor medida la obra de Molière *Don Juan o el Convidado de Piedra*.

La leyenda comienza cuando Don Juan da muerte con el filo de su espada al Comendador de la ciudad de Sevilla. La comendatura era una orden militar, pero aunada a un título nobiliario. Por lo tanto, debido a la importancia pública del Comendador, se manda a erigir un monumento a su memoria: su efigie labrada en piedra y en actitud severa. Después de muchos enredos y entuertos, Don Juan, huyendo de una turba que busca darle muerte, llega a la plaza pública donde se yergue la estatua del Comendador. Don Juan lee la inscripción de la efigie tallada en la piedra:

**“Aquí aguarda el más leal caballero  
la venganza de un traidor.”**

Don Juan se burla del Comendador, de su estado inerte y le dice que es un viejo *'barbas de piedra'*, un pobre diablo. Con mofa, lo invita a cenar. Siempre hay que tener cuidado con las invitaciones a cenar: eso debería saberlo cualquier *donjuan*. En Tirso: “Esta noche a cenar te espero en mi hogar. Allí cumpliremos si os agrada la venganza [...] ya que tan largo me lo fiáis”. Pero... ¡la estatua llega puntual a la cena!

En la obra de Tirso de Molina tiene lugar una cena macabra. Les sirven platos de uñas, alacranes y víboras. Todo lo cena Don Juan con orgullo y suficiencia. Pero después de cenar, ya para despedirse, Don Juan le da la mano al Comendador y éste —con su mano de piedra— se la aprieta de tal modo que el seductor se quema interiormente y cae fulminado. En la ópera de Mozart no sucede así. No hay alacranes ni uñas. Sí hay un apretón de manos.

La cena macabra en la ópera *Don Giovanni* comienza con los mismos acordes, severos como látigos, que habíamos escuchado en la Obertura de la obra. Son ésos mismos: una sospecha en la Obertura, una certeza al final. El castigo con toda su fuerza se ha materializado. Por eso el título completo de la obra es *Don Giovanni ossia Il disoluto punito*, “Don Juan o el libertino castigado”. Crónica de un castigo anunciado.



Escena de *Don Giovanni* en San Francisco

El Comendador llega a reprender a Don Giovanni como a un malcriado: “Retráctate, arrepíentete, desdícete... o arde”. Tres voces graves (bajo, bufo y barítono) y una orquestación sin igual perfilan una escena musical tenebrosa, imborrable: la voz venida del interior de una caverna del Comendador, la voz potente de Don Juan y la voz no menos potente —pues no en balde hace en algunos momentos de la obra las veces de su amo— de Leporello, su sirviente.

“¡Arrepíentete! ¡Cambia de vida!” “No, yo no me arrepiento.” “¡Arrepíentete desalmado!” “No, viejo infatuado.” “¡Arrepíentete!” “No, no... ¡No!” El *No*, repetido nueve veces, hace del antihéroe Don Juan el héroe trágico por excelencia. El consentimiento de todos los demonios. El Comendador es la representación de la sociedad barroca, una sociedad petrificada cuyo instrumento de control siempre fue la hoguera. “Arrepíentete o arde” es la consigna de la Inquisición, como señaló con toda razón el musicólogo Michael P. Steinberg, y su sanguinaria PGR siempre fueron los dominicos, esos sociópatas siempre sedientos de sangre.

Don Giovanni desafía al Comendador como Mozart desafió a su propio padre que se opuso terminantemente a su matrimonio con Constanza Weber. Decir ‘No’ nueve veces seguidas te convierte en héroe aunque para probar tu heroicidad hayas de descender a los infiernos. ¡No te retractes y arde! ●